
J. M. KEYNES: CRECIMIENTO ECONÓMICO Y DISTRIBUCIÓN DEL INGRESO

Salvador Pérez Moreno, Madrid, Thomson Reuters, 2012, 160 pp.

*Manuel Javier Delgado Martínez**

En estas líneas se reseña el libro *J. M. Keynes: crecimiento económico y distribución de la renta*, de Salvador Pérez Moreno, profesor titular de Economía Aplicada en la Universidad de Málaga. El prólogo fue escrito por Ramón Tamames, célebre autor en la ciencia económica española y de largo recorrido intelectual en la enseñanza universitaria; el epílogo es de otro estudioso, igualmente reputado e insigne, Antonio García Lizana. El libro consta de un prefacio y de seis capítulos que se analizan más adelante, y cabe destacar la sección bibliográfica que pone punto final al libro, dividida en dos partes, la primera que contiene numerosas obras de Keynes, y la segunda, referencias de diversos autores que estudian las ideas keynesianas desde sus más variados ángulos.

Después de esta breve síntesis del contenido, comentamos cada una de sus partes. El prólogo del profesor Tamames se refiere a la *actualidad* que hoy se puede atribuir a la obra de Keynes. Como allí se indica, sus enseñanzas pueden contribuir al análisis más claro e incisivo, con rigor científico, de nuestros problemas económicos actuales; sobre todo en la zona del euro, donde la rígida apuesta a la ortodoxia y la estabilidad del presupuesto tienen un costo duro y aciago: una distribución del ingreso menos justo y equitativo, y mayor desigualdad social. Las ideas keynesianas apuntan, sin duda, a un mundo mejor; donde el ciudadano y sus necesidades de servicios

* Licenciado en Derecho y abogado en ejercicio, docente en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), Sede ÚBEDA (Jaén), España [manueljaviardelgadomartinez@gmail.com]. Fecha de recepción: 3 de febrero de 2014, fecha de modificación: 20 de abril de 2014, fecha de aceptación: 25 de abril de 2014. Sugerencia de citación: Delgado M, M. J. "J. M. Keynes: crecimiento económico y distribución del ingreso", *Revista de Economía Institucional* 16, 30, 2014, pp. 365-370.

básicos y esenciales tengan mayor preponderancia que los números fríos e impersonales de las “austeras” estadísticas macroeconómicas. El prefacio de la obra delimita el tema de estudio: “examinar el contenido de la obra económica de Keynes, centrándonos en el estudio de la parte de su teoría económica a través de la cual se pronuncia a favor de una distribución de la renta más igualitaria como estímulo para el crecimiento económico”. En una sección, titulada “Advertencias previas”, el autor expone los valores personales que pueden influir en su trabajo científico; el profesor Pérez se declara partidario, sin ambages, de un orden social que garantice un nivel de vida digno para todos y señala que la pobreza y la desigualdad social tienen origen en el proceder humano.

El capítulo I, “J. M. Keynes: una figura clave en la relación entre distribución de la renta y crecimiento económico”, expone diversas ideas sobre la relación entre distribución del ingreso y crecimiento económico, tema de gran interés en los últimos años y que ha sido objeto de estudio por parte de numerosos autores, desde la antigüedad clásica hasta nuestros días. Para algunos, una distribución justa del ingreso y el crecimiento económico son objetivos incompatibles; otros piensan en soluciones de compromiso, un término medio entre ambos extremos. En contra de los autores “clásicos”, Keynes propuso redistribuir parte del ingreso de los ricos entre los pobres, porque un aumento del consumo elevaba la producción e impulsaba el crecimiento económico; es decir, una mayor distribución del ingreso lleva a un mayor crecimiento. No hay duda de que estas ideas influyeron en la búsqueda de una menor desigualdad distributiva y en la expansión del Estado de Bienestar, sobre todo en los países de mayor desarrollo económico, después de la Segunda Guerra Mundial.

El capítulo II hace referencia a la biografía de Keynes como elemento que ayuda a entender el porqué de sus ideas: Keynes mostró una clara preocupación por los problemas reales que afectaban a la sociedad en su época. El pensamiento keynesiano no se encerró en la mera teoría sino que pretendía mejorar la sociedad. El profesor Pérez Moreno traza un recorrido por las circunstancias, personales y familiares, que influyeron en la vida de Keynes y que pueden darnos algunas claves para entender mejor su pensamiento; su familia, culta y acomodada, imbuida del ambiente universitario de Cambridge (Inglaterra), ejerció, sin duda, una profunda influencia.

También tuvieron influjo los valores conservadores, en la moral y en la política, que Keynes absorbió desde su infancia en el seno familiar. Keynes entendía la política como un medio para alcanzar la felicidad

de los gobernados; pensaba que como ciudadano *privilegiado* debía contribuir a formar una sociedad más feliz. Se sentía más cercano al partido liberal, situado entre dos extremos: la inactividad del partido conservador para resolver los problemas de su tiempo y el radicalismo laborista, claramente revolucionario y opuesto al sistema económico establecido. Keynes pretendía salvar la economía capitalista mediante una intervención del Estado que respetara la libertad de las personas; considerando las enormes repercusiones de la Revolución de Octubre en la Rusia de los zares, que impondría el comunismo como forma de gobierno. Esa fue su actitud durante la crisis de los años treinta, que desencadenó el desempleo masivo a una escala desconocida hasta entonces.

Las ideas de Keynes sobre el aumento del gasto público ponían en entredicho la postura oficial del Tesoro británico; favorecían la inversión en grandes obras públicas y la financiación del gasto mediante deuda y no con alzas de impuesto. Para él, la economía no era un fin sino un medio para que el mayor número de personas pudieran vivir de acuerdo con un modelo ideal de sociedad; además, valoraba el consumo, frente al convencionalismo victoriano que daba preponderancia al ahorro, aun en tiempos de crisis. La sensibilidad hacia los pobres, muy aguda en el sentir de Florence Ada Brown, madre de Keynes, lo indujo a preocuparse por la justicia social. Alfred Marshall, profesor de Keynes en Cambridge, también se interesó y participó en la lucha contra la pobreza; así como Arthur Pigou, quien argumentó que una transferencia de los ricos a los pobres aumentaría el bienestar general. Nuestro economista de Cambridge defendió la redistribución del ingreso como mecanismo que favorecía la recuperación y el funcionamiento de la economía en su conjunto; según él, una distribución más igualitaria del ingreso actúa como estímulo eficaz de la actividad económica. Keynes siempre elaboró sus teorías con el fin de aplicarlas en la práctica, intentando resolver los problemas reales de su tiempo; la inquieta vida de Keynes, interesado en muchas otras cosas además de la economía, quizá explique su afán por transformar la realidad en concordancia con su propio ideal ético: mejorar las condiciones de vida de la sociedad en que vivía.

El capítulo III, “El crecimiento económico en el pensamiento keynesiano”, examina las ideas de Keynes sobre crecimiento económico, en el largo y en el corto plazo. En lo que respecta al largo plazo, era muy optimista, confiaba en que la suma de los avances tecnológicos, y la acumulación de capital consiguiente, impulsarían un decidido crecimiento económico. Pensaba que una tasa creciente de población llevaba a una mayor demanda de capital —mayor población, mayor

inversión— pues los empresarios tendrían mayores expectativas de vender los bienes o servicios que producían. Si la población fuese estacionaria, la prosperidad solo se podría mantener con una distribución más igualitaria del ingreso, junto a una reducción de las tasas de interés que favoreciera la inversión; en caso de que no se pudiese llevar a la práctica esa distribución y esa reducción, el subempleo crónico de los recursos tendría graves consecuencias. En todo caso, Keynes estaba a favor de mantener las libertades individuales; de ahí su preocupación por garantizar su supervivencia.

Hizo grandes aportes a la comprensión del crecimiento económico en el corto plazo; puso énfasis especial —y, además, novedoso— en la demanda. Keynes sostenía que la demanda insuficiente era la causa principal de la profunda crisis económica de los años treinta, junto con su triste corolario: la elevadísima tasa de desempleo. El Estado, mediante el gasto público, debía hacer inversiones cuando la demanda privada era baja. Más en general, en opinión de Keynes, el Estado debía intervenir en el sistema económico dirigiéndolo, cuando fuese necesario, en la dirección correcta; por supuesto, como ya señalamos, defendía el sistema de libertades individuales y su preservación. Pensaba que la idea de un Estado intervencionista capaz de orientar el sistema económico hacia la justicia y la estabilidad social no sería nada fácil de aceptar y que, además, enfrentaría problemas muy complejos, de índole política y técnica.

El capítulo IV, “El papel de la distribución de la renta en el consumo en el pensamiento keynesiano”, analiza los factores que explican los gastos en consumo así como las características de la propensión a consumir y del multiplicador de la inversión. El profesor Pérez escudriña la incidencia de la distribución del ingreso sobre el consumo y hace especial hincapié en las características de la función de consumo propuesta originariamente por Keynes; examina dicha función tal y como la formuló el economista británico, y las teorías del consumo ulteriores, inspiradas en la teoría keynesiana, así como las relaciones entre la teoría original de Keynes y las de sus sucesores.

El capítulo V, “El papel de la distribución de la renta en la inversión en el pensamiento keynesiano”, trata los siguientes elementos básicos: los factores que explican el gasto en inversión, las principales dificultades para modelar la teoría keynesiana de la inversión y los principales desarrollos de la teoría de la inversión inspirados por las ideas keynesianas. Más inversión equivale a mayor demanda, la cual se traduce en un mayor acervo de capital, con sus grandes ventajas desde el punto de vista social o colectivo; la tasa de interés es la re-

compensa por privarse de liquidez durante un periodo determinado. Keynes sostenía además que una mayor igualdad distributiva del ingreso favorecía la demanda agregada, desde el punto de vista del consumo y de la inversión; cabe destacar que puso especial énfasis en la relación entre los aspectos psicológicos de los inversionistas y la actividad económica. El estado de *confianza*, al que aludió como una medida del optimismo o del pesimismo reinante sobre el estado de la economía y sus expectativas, así como del contexto político y social, fue un elemento innovador, nada baladí, y menos aún hoy, cuando hay fácil acceso a la información. El ser humano percibe lo que lo rodea a través de su óptica propia y exclusiva, subjetiva por antonomasia, a veces sin ningún fundamento racional y lógico. Las ideas de Keynes sobre la inversión tuvieron un efecto benéfico *a posteriori*; desde entonces, la inversión, entendida como un componente esencial de la demanda, se estudiaría de cara al logro y mantenimiento del pleno empleo. Sus ideas sobre la inversión son, sin duda, un referente de numerosos estudios posteriores.

El capítulo VI, “A modo de conclusión”, resume el contenido del libro que comentamos; da una visión panorámica del pensamiento de Keynes y de su vigencia actual, y esboza un posible nexo entre ética y economía. La obra keynesiana por excelencia, *La teoría general*, sostiene que una mejor y más justa distribución del ingreso lleva a un mayor crecimiento económico. La inversión, como ya dijimos, responde al “clima o estado de opinión” sobre el estado de la economía, actual o futuro, no siempre fundado en criterios sólidos, sensatos y razonables; ese estado de confianza introduce un elemento psicológico novedoso. Los inversionistas más inexpertos se dejan arrastrar por una serie de *expectativas* sobre lo que *podrá suceder* en los mercados financieros, que las más de las veces terminan siendo un puro engaño o una vana ilusión; en muchas ocasiones, tales expectativas carecen de un fundamento mínimo que las sostenga, racional, sensato o simplemente lógico. En contra de los economistas “clásicos”, Keynes consideraba que la igualdad distributiva estimula la inversión; sus ideas fueron el andamiaje que sostuvo las políticas expansionistas del Estado de Bienestar, con claros efectos positivos para el crecimiento económico y la cohesión social. La biografía de Keynes ayuda a entender cómo pensaba y, sobre todo, por qué; elaboró un conjunto de teorías para cambiar la realidad de su tiempo, en respuesta al impulso moral de buscar una sociedad más justa y equitativa. Sus experiencias en la vida familiar y la influencia de Alfred Marshall incidieron en su lucha contra la pobreza y la desigualdad. El Estado de Bienestar estableció

mecanismos para redistribuir el ingreso que no solo contribuyen al crecimiento económico sino a conseguir una sociedad más justa y equitativa.

La obra de Keynes es aún hoy de gran importancia, pese al largo tiempo transcurrido desde que fue publicada, y pese a sus detractores. Las políticas fiscales redistributivas permiten proteger a los sectores sociales más desfavorecidos y vulnerables por carecer de recursos económicos. La esencia del Estado de Bienestar consiste en garantizar a toda la ciudadanía, sin exclusiones, unos estándares mínimos en materia de salud, educación, vivienda, etc.; el derecho de todo ciudadano a disfrutar esos bienes y servicios mínimos tiene origen en el Informe Beveridge (1942), de ascendencia keynesiana. Ese informe concebía la universalidad y la unidad de la protección social como un *derecho ciudadano*, el derecho a exigir del Estado, aun desde el punto de vista político, el cumplimiento de la obligación de proteger a la persona, a nivel individual y familiar. El pensamiento keynesiano tuvo la gran virtud de justificar la existencia del Estado de Bienestar y sus políticas redistributivas en favor de la igualdad social. En los años setenta del pasado siglo el Estado de Bienestar entró en crisis, lastrado por un déficit público creciente y descontrolado, y por una profunda inflación con desempleo: la célebre *estanflación*. En esos años empezaron a cobrar fuerza las políticas liberales, anti intervencionistas y defensoras, a ultranza de la más acérrima libertad individual (iniciativa privada); lo que arrinconó al pensamiento keynesiano, “burocrático y lento”, en materia de gestión y “caro” en términos de déficit público, según sus críticos. La realidad de los últimos treinta años ha confirmado, aun para quienes no comparten las ideas de Keynes, que una mayor demanda es imprescindible para estimular la actividad económica y el crecimiento. La actividad económica también está llamada a poner en práctica ciertos ideales éticos, como el derecho de todo ser humano a una vida digna.

Como colofón, el epílogo del profesor García Lizana destaca el compromiso del profesor Pérez Moreno con el hermanamiento de la ética y la economía, hacia la justicia social; la tesis keynesiana de la redistribución del ingreso como base del crecimiento puede contribuir a resolver parte de nuestros actuales problemas.

En fin, un magnífico libro este del profesor Pérez Moreno, de gran rigor intelectual y, al mismo tiempo, de fácil y fructífera lectura para quienes, sin ser expertos, deseen conocer el pensamiento keynesiano. La obra de Keynes sigue ocupando un lugar tan importante en la ciencia económica —eso sí, adaptándola al mundo globalizado actual— como cuando fue escrita por su autor.